

ENSAYO DE UN DICCIONARIO DE LA LITERATURA COLOMBIANA (VI)

Escribe: NESTOR MADRID MALO

— B —

BARBA-JACOB PORFIRIO. Nació en Santa Rosa de Osos (Antioquia) en 1883 y murió en Ciudad de México en 1942. Su verdadero nombre era Miguel Angel Osorio Benítez, aunque siempre escribió con seudónimo, utilizando los de Main Ximénez, Ricardo Arenales y, por último, el que habría de pasar a la historia literaria de Colombia y América: Porfirio Barba-Jacob. Su infancia transcurrió en casa de sus abuelos, en Angostura (Antioquia), lejos de sus padres y hermanos, a quienes vino a conocer solo en 1895, en un viaje que al efecto hizo a Bogotá. Tras dos años de privaciones, regresó a Angostura e ingresó a la Escuela Normal de Medellín, sin alcanzar a obtener el diploma de maestro. De nuevo en Bogotá, intentó seguir estudios de Derecho, empeño que abandonó en seguida, volviendo a Angostura, donde desempeñó un puesto de maestro, que tuvo que dejar. En 1901 fue reclutado para servir en las fuerzas del gobierno, durante la guerra civil de los Mil Días, y si bien no participó en combate alguno, pudo ascender hasta Capitán. Pero bien pronto desertó, y en Santa Rosa de Osos se dedicó otra vez a la enseñanza sin ningún éxito. Terminada la guerra, viajó a Bogotá, donde publicó la revista "Cancionero de Antioquia", en la cual escribió con el seudónimo de Main Ximénez. Tras fracasar en esta empresa, tornó a Angostura y allí fundó una escuela, que duró muy poco. Deseoso de cambiar de ambiente, se dirigió a Barranquilla, donde permaneció algún tiempo haciendo parte de la entonces activa vida literaria de la ciudad litoral. Aquí publicó sus primeros versos y prosas con el seudónimo de Ricardo Arenales y, por consejo de algunos amigos, resolvió emigrar.

Comenzó entonces el patético peregrinaje que fue su vida, en un ir y venir de uno a otro lugar, del triunfo al fracaso, de la angustia a la placidez, a través de todos esos paralelos espirituales que refleja su poesía. Y es así como en un principio estuvo en Cuba, de donde pasó a México, que sería su tierra electiva hasta la muerte. Inició allí su carrera de periodista, que sería durante largos años su ocupación predilecta y en la

cual habría de obtener sus mejores triunfos. En efecto, en Monterrey fundó en 1909 la "Revista Contemporánea", y en 1910 "El Espectador", diario en el cual defendió la dictadura de don Porfirio Díaz. Al caer éste, pasó a Nueva York, donde colaboró en algunos periódicos y comenzó a trabajar en una "Historia del Arte" que le encargó el millonario hispanista Mr. Archer M. Huntington. Abandonado este proyecto, de nuevo se sintió atraído por su ansia viajera, que le llevó a Cuba, Puerto Rico y a los países de la América Central, donde fundó y dirigió publicaciones de efímera vida. Vuelto a la capital mexicana, fundó en 1914 el periódico "Churubusco", en cuyas columnas defendió los derechos de México en su conflicto con los Estados Unidos. Tan brillantes fueron sus artículos, que en seguida fue invitado a colaborar en "El Imparcial", donde cosechó sus mejores éxitos periodísticos en los primeros años de la revolución. Panfletario temido, su ingerencia en la vida política interna de México fue tomada como pretexto por el General Plutarco Elías Calle —a quien atacó duramente— para expulsarlo del país. Este fue un tremendo golpe para el poeta, que perdió su imprenta y su biblioteca, y comenzó así otra vez su errabunda vida por los Estados Unidos, Centroamérica y las Antillas, en cuyos países iba dejando la estela de su poesía y de su palabra iluminada. Aunque también la de sus fáciles costumbres y libertina conducta, lo que le valió ser expulsado del Salvador —donde escribió un opúsculo sobre el terremoto que sacudió a ese país—, y aprisionado en Guatemala, donde estuvo a punto de perecer en manos de los esbirros del tirano Estrada Cabrera. Durante su estancia en este último país trabó amistad con el escritor guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, quien se inspiró en él para escribir su novela "El hombre que parecía un caballo". Abandonó entonces su seudónimo de Ricardo Arenales, adoptando el que haría famoso para siempre.

En 1919 retornó a México y fundó en Monterrey "El Porvenir", periódico que pronto vendió. Fue luego a Guadalajara, donde ocupó el cargo de Director de la Biblioteca Pública. A poco quiso retirarse a descansar en los campos de Sayula —que habría luego de cantar—, pero, vuelto de nuevo a la lucha, desempeñó variadas ocupaciones, hasta que, atraído por las ideas comunistas, protagonizó ruidosas y virulentas polémicas que hicieron famosa su columna "Perifonemas". En 1926 se embarcó para el Perú, y en Lima se puso a las órdenes del dictador Leguía como director del diario "La Prensa". Nada contento con una posición que le hacía aparecer en contradicción con sus ideas, abandonó el cargo y en El Callao sufrió ocho meses de padecimientos. Allí lo recogió el capitán de un barco, quien lo trajo a Buenaventura en 1927. De vuelta a su tierra después de veinte años de ausencia, Barba-Jacob se dedicó a recorrer los sitios de su infancia y a dar recitales y conferencias en Bogotá y demás ciudades colombianas, admirado y elogiado por todos, aunque no fueron pocas las penurias que experimentó. Minado por la tuberculosis, pobre y decepcionado, volvió a México en 1933. Pero entonces ya no era sino una sombra de sí mismo, y aunque escribió todavía un tiempo en "Excelsior", su enfermedad y su pobreza lo obligaron a buscar el amparo de un hospital de caridad, donde se dedicó a pulir y corregir su obra poética, que nunca quiso publicar en volumen.

Pero si tal es la trayectoria vital del hombre, no menos dramática es la espiritual del gran poeta que en él había. Perteneciente a la generación del centenario, Barba se apartó sin embargo —humana y estéticamente— del derrotero que siguieron los integrantes de aquella, para llevar una existencia atormentada, y asumir una postura poética personalísima y sin antecedentes ni conexiones en el panorama literario de Colombia. Produjo así una poesía alucinada y demoníaca, plena de quemantes realidades y anhelos, en la cual a veces se deja oír, no obstante, una pura voz celestial. De ella ha dicho Daniel Arango: “Aunque desconocidas las fechas de algunos poemas, podría asegurarse que lo fundamental en la obra de Barba está realizado entre los años que van de 1906 a 1925: los versos escritos posteriormente no añaden nada vital a su poesía y antes bien la prolongan con tibieza. Es muy breve esta obra: 80 poemas, más o menos —sin incluir los pocos que andan dispersos—, entre los cuales no pasarían de 25 los que aspiran a un sitio antológico. Barba Jacob se enreda con frecuencia en un estilo literario que participa de un doble influjo vulnerable: la expresión de un romanticismo descaecido y la pompa externa del modernismo. En los primeros versos se observa el influjo de esta forma romántica desvirtuada, y ella produce una serie de poemas desiguales, cuyo arquetipo es “Acuarimántima”. En muchos otros la pompa modernista seduce al poeta, y entonces se deslumbra de innecesarios centelleos. El fantasma de “lo literario” planea sobre la expresión, presidiendo el vano cabrilleo de la forma”.

Reconociendo la indudable influencia de Darío sobre Barba, el mismo Arango— autor de un penetrante estudio sobre el poeta—, observa, diferenciándolos, que el vuelo lírico de Darío “se resuelve en gracia” y el de Barba en lamento”. Y poniendo muy bien de presente la característica clave de este poeta, agrega. “Barba Jacob es un poeta de complejo esclarecimiento interior, y en lengua española no he leído versos tan intensos como los suyos, tan angustiados, de un acento tan particular y delirante. No hay duda de que hay líricos, en nuestro idioma, más ambiciosos y terminados, más importantes para un momento literario cualquiera o para la perspectiva total de la poesía. Dudo en cambio de que alguno comunique con fuerza igual y con iguales iluminaciones ciertos abismos del corazón y del hombre”.

He aquí la bibliografía del poeta: “Canciones y elegías”. Edición de homenaje al poeta. México, 1932; “Rosas negras”. Edición de Rafael Arévalo Martínez. Guatemala, 1933. (Comprende “La divina tragedia”, fragmentos de “La diadema” e “Interpretaciones” —prosas); La canción de la vida profunda y otros poemas”. Selección y prólogo de J. B. Jaramillo Meza, Manizales, 1937; “El corazón iluminado, Bogotá 1942”; “15 poemas de Porfirio Barba-Jacob”. Selección y estudio de Carlos García Prada, México, 1942; “Poemas intemporales”, México 1944. (Comprende los poemas de “Canciones y elegías”, “Rosas negras” y “Canción de la vida profunda y otros poemas”, y otros poemas inéditos, a más de las prosas de “La divina tragedia: el poeta habla de sí mismo” y “Claves, prólogo al volumen “Canciones y elegías”); “Antorchas contra el viento”, Bogotá, 1944. (Reedición complementada y corregida de “El corazón iluminado”, dirigida y prologada por Daniel Arango. Comprende la casi totalidad de

la obra poética de Barba y fue publicada en el volumen 40 de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, editada por el Ministerio de Educación Nacional).

BAYONA POSADA, DANIEL. Nació y murió en Bogotá (1887-1920). Poeta costumbrista, sus escasos versos, escritos en el lenguaje llano del pueblo, fueron recogidos después de su muerte, en un volumen de la Biblioteca de la Sociedad Arboleda, ("Poesías, 1920) de la cual había sido uno de los fundadores. Fue una especie de Gabriel y Galán colombiano y, según el Padre Ortega, "un poeta de rara sensibilidad y popular como pocos". Escribió también, en colaboración con Pedro Gómez Corena las novelas de costumbres bogotanas: "Pasiones", "Contrastes" y "Caprichos", bajo el seudónimo de Rodrigo de Rahavanez. Aunque el mismo crítico dice que "pocas poesías hay en nuestro parnaso tan espontáneas y frescas" como la de este poeta muerto prematuramente, lo cierto es que ellas obedecen a una estética bien dudosa y frágil.

BAYONA POSADA, NICOLAS. Nació y murió en Bogotá (1902-1963). Estudio Filosofía y Letras en el Colegio del Rosario, donde obtuvo el doctorado con una tesis sobre Mistral, titulada "El Homero de Provenza". Humanista e historiador de la literatura —tanto colombiana, como española y universal—, sus ensayos y conferencias revelan al erudito y al hombre de letras, como puede verse en las que ha dedicado a "La poesía carmelitana" y a "Los libros de caballería". Con motivo del Cuarto Centenario de nuestra capital, publicó "El alma de Bogotá" (1938), antología de escritos sobre la ciudad. Compiló en tres tomos, por encargo del Ministerio de Educación Nacional, los estudios literarios y filológicos de don Rufino José Cuervo. Poeta verlainiano, pulcro y elegante, su poesía romántica-modernista —como la de todos los líricos de su generación—, anda muy dispersa en periódicos y revistas y solo ha sido en parte recogida en el volumen "Molinos de viento" (1948). Excelente traductor, además, a él se deben algunas de las mejores versiones de poetas franceses e italianos con que podemos contar. Su "capolavoro", en este campo, es la traducción de "Mireya", de Federico Mistral, al decir de quienes la conocen, pues está aun inédita.

BETANCUR Y FIGUEROA, LUIS. Según Vergara, apoyado en Flórez de Oca-riz, este escritor colonial del siglo XVII nació en la villa de Remedios (hoy Departamento de Antioquia), aunque el doctor Manuel Uribe Angel sostiene que era natural de Cáceres, en la misma región. Se educó en Santa Fe y luego abrazó el estado eclesiástico en Quito, de cuya catedral fue chantre. Sus grandes virtudes intelectuales y morales le valieron ser designado por el clero americano Procurador en la Corte en representación de la iglesia de Indias. No debió ser bien visto su nombramiento por los clérigos peninsulares, pues cuando desempeñaba tal cargo escribió una obra, justificando su designación, denominada "Tratado de la preferencia que deben tener los que nacen en Indias como pa-

trimoniales, para ser proveídos en sus iglesias y oficios”, obra de la cual parece que no se ha encontrado ningún ejemplar, pero que, a juzgar por su título, era seguramente un alegato en pro de los derechos de los criollos y debió constituir así, por ello, un muy interesante precedente del “Memorial de Agravios” de Camilo Torres. Betancur fue después designado Arzobispo de Popayán, dignidad que no aceptó. Se ignora la fecha en que murió, en Lima (Perú).

BIBLIOGRAFIA. La lista o catálogo de libros publicados, con noticias, indicaciones y referencias sobre ellos —realizada en forma sistemática y ordenada—, es lo que se denomina “Bibliografía”. La existencia de tal género de obras se remonta a épocas antiquísimas, y Ateneo —que hizo la compilación de los libros de la antigua escuela de Alejandría— fue quizá su primer autor conocido. Pero es en la Edad Media cuando aparecen las primeras grandes bibliografías: el “Philobiblion” del canciller inglés Ricardo de Bury (1287), y los “Otia Imperialia” de Gervais de Tillbury. Sin embargo, es a partir del siglo XVI cuando comienza el auge de tales trabajos, con la “Biblioteca universalis” del suizo Conrado Gesner, el “Mare Magnum” del italiano Francesco Marucelli, y con “De la diferencia de libros que hay en el universo”, del español Alejo Vane-gas del Busto. Ya en el siglo XVII, lo que eran simples listas de libros se convierte en un metódico y sistemático estudio, y la Bibliografía se convierte poco a poco en una verdadera ciencia. Se publican entonces las primeras bibliografías especiales sobre diversos temas y materias particulares: la de Bolduanus sobre asuntos filosóficos (Jena 1616); la “Biblioteca clásica”, de Jorge Draut (Francfort, 1625); la “Biblioteca Hebraea”, de Wolfius (1715-1733); la “Bibliotheca orientalis”, de Ervelok, (París, 1697). Y el Padre Felipe Labbé inicia las bibliografías de profesiones, en tanto que P. Borel, comienza las científicas con su “Biblioteca chimica” (París, 1654). Esta labor de asentimiento y progreso continúa durante todo el siglo XVIII con la obra de los grandes bibliógrafos europeos.

Pero los siglos de apogeo de la nueva ciencia y de la investigación bibliográfica rigurosa, son el XIX y el XX, cuando la bibliografía llegó a ser “base y complemento de toda investigación, y además, una rama de la ciencia del libro y una disciplina exigente que requiere método, vastos conocimientos y pacientes estudios”, al decir de Gabriel Giraldo Jaramillo, bibliógrafo colombiano de los buenos, cuyas noticias sobre estos particulares seguimos aquí de cerca.

Por lo que hace a España, es tal vez Alonso de Zorita el primer cronista español que intenta una bibliografía de sus predecesores, al incluir en su “Historia de la Nueva España” un curioso “Catálogo de los autores que an scripto historias de Indias o tratado algo dellas” (sic). Pero fue Antonio de León Pinelo el primero en compilar una Bibliografía del Nuevo Mundo, en su obra “Epítome de la Biblioteca Oriental i Occidental, Náutica i Geográfica”, publicada en Madrid en 1629, cuya segunda edición —considerablemente adicionada por don Andrés González de Barcia— apareció en Madrid entre 1737 y 1738. Sería, sin embargo, Nicolás Antonio

el verdadero fundador de la bibliografía española. Este publicó en 1696, en Roma, su "Bibliotheca hispana vetus", que incluye a los escritos españoles desde el siglo de Augusto hasta 1500; y luego, en 1672 y también en Roma, su "Bibliotheca hispana nova", que va desde 1500 hasta 1670. Tras estar en suspenso durante el siglo XVIII, los estudios bibliográficos cobran en España nueva fuerza en el XIX, con Bartolomé J. Esteban Gallardo, cuya obra "Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos" (Madrid, 1863-1889) fue publicada después de su muerte. Gran bibliógrafo fue también don Marcelino Menéndez y Pelayo, en especial con su "Inventario bibliográfico de la ciencia española". Y ya en este siglo, aparece el extraordinario "Manual del librero hispanoamericano" (Barcelona, 1923-27), obra en siete volúmenes de A. Palau y Dulcet. Asimismo, el "Manual de bibliografía de la literatura española e hispanoamericana" (Syracuse, EE. UU. 1948) de Homero Serís y la monumental "Bibliografía general de la literatura española", de José Simón Díaz —que a partir de 1950 ha venido publicándose en Madrid—, constituyen dos importantes aportes en el campo de la bibliografía propiamente literaria de España.

En Colombia, la bibliografía parece haberse iniciado con el Bibliotecario Real don Manuel del Socorro Rodríguez, quien a fines del siglo XVIII redactó con el título de "Ilustraciones críticas de todas las historias particulares que se han escrito en los reinos y provincias de América" una obra aún inédita, o quizá perdida, de la cual solo conocemos el nombre. Pero fue el General Joaquín Acosta quien compuso la primera bibliografía colombiana conocida, aunque limitada a temas históricos. En efecto, como apéndice de su conocido "Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto" (París, 1848), publicó un "Catálogo de libros y manuscritos que se han tenido presentes al escribir este compendio". Sin embargo, el primer bibliógrafo colombiano, en el exacto sentido de la palabra, fue don José María Vergara y Vergara, padre también de nuestra historiografía literaria, quien hizo la lista de las obras líricas y dramáticas de autores neogranadinos y la bibliografía personal de don Juan Francisco Ortiz, a más de todos los datos de ese género que figuran en su magna "Historia de la Literatura en Nueva Granada". Tocó luego a don Ezequiel Uricoechea emprender un ponderoso estudio bibliográfico que comenzó a publicar en la "Revista Latinoamericana", de París, en 1874, y del cual solo apareció lo correspondiente a la letra "A" y parte de las obras anónimas. Lo demás se perdió irremediablemente a su muerte. En 1882, don Isidoro Laverde Amaya publicó en Bogotá sus magistrales "Apuntes sobre bibliografía colombiana", adicionada de una muy selecta antología, que después, en 1895, refundió en una obra nueva titulada "Bibliografía colombiana", de la cual solo apareció el primer tomo, que comprende hasta la letra "O". Ambas obras siguen siendo fundamentales para el estudio de nuestra literatura en el siglo XIX.

De gran valor es también el "Memorandum bibliográfico de gramática española" (Bogotá, 1879), obra en la cual el cartagenero don Antonio María de Arrázola realizó una labor calificada como única en su clase en Colombia. Tampoco fue ajeno a los afanes bibliográficos don Miguel

Antonio Caro, no solo por su iniciativa de una bibliografía sobre el Libertador, sino por la personal que hizo del poeta colonial Gabriel Alvarez de Velasco y Zorrilla.

En el siglo actual han sido varios y muy importantes los trabajos bibliográficos en Colombia. En primer término, el del historiador don Eduardo Posada, quien con los dos tomos de su minuciosa "Bibliografía bogotana", (1917-1925) dio un significativo impulso a tales investigaciones. También los señores Gustavo Arboleda, Gustavo Otero Muñoz, Fray Andrés Mesanza, Sergio Elías Ortiz y Arturo Quijano han compuesto valiosas monografías bibliográficas. Y en el campo de las ciencias naturales, de la etnografía y lingüística, de la medicina, mucho es lo que se debe a bibliógrafos especializados como los Padres Jesús E. Ramírez, Enrique Pérez Arbeláez, Fray Marcelino de Castellví, y a los doctores J. B. Montoya y Flórez, Alberto Patiño y Alfonso Bonilla Naar. Notables son también los trabajos bibliográficos de Gabriel Giraldo Jaramillo, entre los cuales merecen citarse: "Bibliografía selecta de Nariño" (1953), "Bibliografía histórica colombiana" (1954), "Apuntes para una bibliografía colombo-cubana" (1953), "Bibliografía de bibliografías colombianas" (1954) —cuya segunda edición, ampliada por Rubén Pérez Ortiz, apareció en 1960—, y "Bibliografía selecta del arte en Colombia" (1955).

Por último, debemos citar la labor desarrollada por el Departamento de Bibliografía del Instituto Caro y Cuervo, del cual fue jefe hasta su muerte Rubén Pérez Ortiz —verdadero técnico en la materia—, a quien se debe la realización de las cinco entregas aparecidas hasta hoy del "Anuario Bibliográfico Colombiano" (1951 a 1962), —fundamentales para el conocimiento de ese período de nuestra literatura—, así como la Bibliografía de la novela colombiana que compuso en asocio de Antonio Curcio Altamar, como apéndice de la obra de este último "Evolución de la novela en Colombia" (1957). El Instituto ha publicado las valiosas contribuciones de su Sub-director, Rafael Torres Quintero, a saber: "Cervantes en Colombia; ensayo de bibliografía crítica de los trabajos cervantinos en Colombia" (1948), "Bibliografía de Rufino José Cuervo" (1951), Bibliografía de Jiménez de Quesada" (1952) y "Bibliografía de Hernando Domínguez Camargo" (1960). También las del Padre José J. Ortega Torres, "Cervantes en la Literatura Colombiana" (1949) de su hermano Jorge Ortega Torres: "Marco Fidel Suárez: bibliografía" (1956); y las del doctor Antanas Kimsa sobre las bibliografías de José Manuel Groot y del Padre Félix Restrepo. También ha editado los "Índices" de "El Repertorio Colombiano", del "Papel Periódico Ilustrado" y de "Colombia Ilustrada", en dos tomos debidos al mismo Padre Ortega.

Son dignos de nota las obras bibliográficas sobre Caro y Cuervo y la "Bibliografía académica" de don Enrique Ortega Ricaurte, publicadas por la Academia Colombiana de Historia, así como el muy completo "Índice general del Boletín de Historia y Antigüedades" —órgano de la misma— que elaboró don Daniel Ortega Ricaurte. Y las no menos útiles "Papeletas Bibliográficas para el Estudio de la Historia de Colombia" (1961), debidas a Mario Germán Romero, Guillermo Hernández de Alba y Sergio Elías Ortiz, que ha publicado la Biblioteca Luis-Angel Arango, del Banco de la República.

BIBLIOTECA. Las primeras bibliotecas que existieron en el Nuevo Reino de Granada fueron, sin duda, las de los Colegios y Universidades fundados por algunas órdenes religiosas en Santa Fe a fines del Siglo XVI y comienzos del XVII. Pero fueron los jesuitas los que, al establecer otros planteles en diversas ciudades de la colonia, hicieron el mayor acopio de libros por aquella época, como pudo acreditarse posteriormente, con motivo de su expulsión de estos territorios en 1767 cuando los que tenían fueron tomados para constituir la primera biblioteca pública que aquí existió. Esta se abrió al público el 9 de enero de 1777 con el nombre de "Real Biblioteca", en el antiguo seminario de San Bartolomé, que es el hoy denominado Palacio de San Carlos. Ello fue posible gracias al interés del Fiscal de la Real Audiencia, don Francisco Antonio Moreno y Escandón, quien presentó esa iniciativa al Virrey don Manuel de Guirior. Fue así como pudieron reunirse 13.800 volúmenes, entre los cuales existían raros ejemplares y preciosos incunables que aún constituyen el valioso fondo que al respecto posee la actual Biblioteca Nacional. Hablando de la riqueza de esa librería, dice Vergara: "Además de la copiosa cantidad de obras teológicas, que eran obligatorias en una biblioteca del siglo XVIII, había colecciones completas de los clásicos griegos, latinos y españoles, una colección muy bella de obras de física y filosofía aristotélica, algunas ediciones de mérito y otras de gran valor bibliográfico...".

La apertura de la "Real Biblioteca" fue uno de los más decisivos elementos de cultura desarrollados en el Nuevo Reino en la segunda mitad del siglo XVIII, y significó un visible estímulo para el despertar intelectual de la colonia y para la formación de los hombres que hicieron la independencia. A ella está vinculada la figura de don Manuel del Socorro Rodríguez, que si bien no fue su primer Director —como se ha creído— sí fue su verdadero organizador y servidor hasta la muerte. Le sucedió don Vicente Nariño, quien ejerció el cargo hasta 1854.

Con el establecimiento de la Expedición Botánica, a partir de 1783, y la aparición de las Tertulias Literarias —iniciadas en 1790—, la curiosidad científica y literaria se fue extendiendo en la sociedad santafereña de la época, hasta hacer posible las primeras bibliotecas privadas de importancia. Como, por ejemplo, la de don Antonio Nariño, donde tuvieron lugar por entonces esas primeras reuniones literarias, y en cuya atmósfera racionalística se debatían temas no precisamente ortodoxos. Gracias a las bibliotecas, el libro se fue convirtiendo así, no solo en un instrumento de cultura, sino en un factor de liberación mental que a la larga habría de producir efectos revolucionarios.

En 1822 fueron incorporados a la Biblioteca los libros de la Expedición Botánica y se ordenó su traslado al edificio (actual Museo Colonial) llamado "de las Aulas". El 25 de diciembre de 1823 se abrió al público en este nuevo local y se puso al cuidado del Colegio de San Bartolomé, ya con el nombre de "Biblioteca Pública". En 1828, a raíz de la conspiración de septiembre, estuvo allí prisionero el General Santander, quien aprovechó sus ocios no solo en la lectura sino haciendo la cuenta de los volúmenes que en ella había. Con un punzón, sobre una tablilla que aun se conserva, grabó lo siguiente: "Hay aquí 14.847 libros, contados en noviembre de 1828 por Santander".

Durante la primera administración del General Mosquera (1845-49) se compraron en Europa 1.382 volúmenes y se construyeron nuevas estanterías. Luego, en 1881 el Coronel Anselmo Pineda hizo donación de su famosa colección de libros, folletos, periódicos y hojas sueltas, publicadas desde 1774 hasta 1850 —425 volúmenes en total— que constituye un verdadero tesoro bibliográfico. También el Coronel Joaquín Acosta obsequió por entonces su pequeña pero rica biblioteca, al igual que el doctor Manuel Ancizar.

En 1855, el Presidente Mallarino contrató con los señores Manuel María Medina y Leopoldo Arias Vargas el arreglo de la Biblioteca y la elaboración del catálogo, que fue el primero hecho con cierta técnica. Resultaron entonces 20.094 volúmenes. A la muerte de don Vicente Nariño, continuó como bibliotecario el mencionado señor Arias, quien aumentó su fondo con más de 2.000 obras.

Un gran aporte significaron las librerías de los conventos y colegios religiosos que pasaron a poder del Estado en tiempos de la segunda administración del General Mosquera, y que fueron llevadas a la Biblioteca por decreto de 5 de noviembre de 1861. Antiquísimas ediciones y muy raras y curiosas obras había entre todo ese rico conjunto que, sin embargo, no debió ser muy numeroso. Pues siendo bibliotecario don José M. Quijano Otero, en 1867, se contaron de nuevo los volúmenes, que dieron un total de 22.437, más 962 duplicados.

Poco después la Biblioteca adquirió, por compra, las librerías de don Manuel María Madieto y de don José María Vergara y Vergara, muy rica la primera en obras de literatura y derecho, y la segunda en libros de historia patria. Al mismo tiempo el Coronel Pineda donó otros 1.868 libros.

Sin duda el Bibliotecario más importante durante el siglo XIX fue don Miguel Antonio Caro, quien hizo grandes mejoras e innovaciones en el establecimiento y aumentó apreciablemente el número de obras. Después de él, lo fueron don Diego R. de Guzmán y don Enrique Alvarez, quienes la enriquecieron sobre todo con obras sudamericanas. En 1882 su fondo era de 60.000 volúmenes, número que después —a fines del siglo— sufrió una gran baja con las 11.000 obras teológicas que se entregaron al Seminario. Sin embargo, importantes compras y donaciones compensaron con creces lo anterior.

Durante el presente siglo la Biblioteca Nacional —así llamada ahora— fue aumentando paulatinamente sus colecciones, hasta el punto de serle insuficiente el local que ocupaba. En la primera administración del Presidente López se construyó el moderno edificio que ahora ocupa en la calle 26, inaugurado en 1936, siendo Director don Daniel Samper Ortega. Fue bajo su guía que la Biblioteca tuvo quizá el período de mayor esplendor en nuestros días. Fue él quien hizo publicar la famosa “Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana”, cuyos cien volúmenes continúan siendo el más significativo esfuerzo que en tal terreno se ha realizado. Por entonces apareció también la revista “Senderos” y la Biblioteca se incorporó activamente a nuestro movimiento cultural con una serie de

publicaciones y ediciones de importancia excepcional. Desafortunadamente tan positivo impulso se perdió por obra de los trastornos políticos que azotaron al país a fines de la década de los años cuarenta.

En la actualidad la Biblioteca Nacional cuenta con un fondo bibliográfico de 158.522 obras, a más de 25.458 incunables y libros raros y curiosos, 28.491 tomos de periódicos y revistas. Es decir que su fondo total es de 212.471 volúmenes, aunque este número es susceptible de aumentar cuando se termine el inventario físico que se viene realizando y que permitirá por primera vez conocer exactamente lo que en realidad existe allí. Por iniciativa del actual Director, don Alberto Miramón, están para publicarse algunos nuevos catálogos y se ha organizado técnicamente el servicio de microfilmación, de tanta utilidad para los investigadores.

Otra gran institución de esta índole es la "Biblioteca Luis-Angel Arango" del Banco de la República, fundada con base en la original Biblioteca del Banco, y que abrió sus puertas en el magnífico edificio de la calle 11 con carrera 4ª el 20 de febrero de 1958. Bajo la eficaz dirección del doctor Jaime Duarte French, la entidad ha venido realizando una intensa labor cultural, auspiciando conferencias, exposiciones y recitales, y publicando el excelente "Boletín Bibliográfico y Cultural", a más de una serie de obras de alto interés nacional. Con más de 100.000 volúmenes, su fondo de obras contemporáneas es de un 70% de ese número, lo que le ha asegurado un volumen de lectores bastante crecido. Pero, además, posee preciosos incunables, una bien dotada hemeroteca y una colección de obras de historia nacional de gran valor, constituida en buena parte por bibliotecas particulares de los doctores Laureano García Ortiz, Carlos Cuervo Márquez, Carlos Lozano y Lozano y Luis Augusto Cuervo, que el Banco ha adquirido sucesivamente.

(Continuará)